

El silencio como rasgo: el shhhhtereotipo del bibliotecólogo en la construcción de la identidad de la profesión

Yanet Fuster

Universidad de la República | Uruguay

Resumen: Teniendo en cuenta el proceso de construcción de las identidades, en el caso de la del bibliotecólogo ha jugado muy fuertemente el mantenimiento de ciertos estereotipos que han persistido por generaciones y que, según mi punto de vista, han afectado a nuestro trabajo, a la carrera y al desarrollo de la profesión. Intentaré explicar a través de este recorrido porqué considero que el silencio transversaliza las creencias sobre la disciplina y ha permeado en su construcción identitaria respecto a cómo nos ven los otros, como nos vemos nosotros y a lo que hacemos para cambiar la realidad. En este trabajo aludiré al concepto de reconocimiento y también al de invisibilidad como no participación en un sentido social, buscando problematizar el planteo, pues considero que el auto-reconocimiento se da en función del reconocimiento de *los otros* que hemos internalizado. Me referiré al silencio como invisibilidad a la hora de darnos a conocer en diversos ámbitos en los cuales nuestra presencia como profesionales de la información podría aportar y agregar valor al desarrollo de una idea o de un proyecto. Presentaré la noción de estereotipo en relación a la bibliotecología efectuando un recorrido por aquellos hitos que ayudaron en la construcción de la disciplina, intentando explicar en qué sentido ellos contribuyen a la fijación de ideas en el imaginario y a la persistencia del silencio.

Palabras clave: identidad profesional; imagen del bibliotecólogo; estereotipos; reconocimiento.

Title: Silence as a feature: the shhhhtereotype of bibliotecologists in the construction of professional identity

Abstract: Bearing in mind the process of construction of identities, in the case of bibliotecologists one sees a persistent maintenance of certain stereotypes for generations and, according to my point of view, they have affected our work, career and our professional development. This work explains why I consider that silence transverses beliefs on the discipline and has permeated the profession process of identity construction with regard to how others see us, how we see ourselves and what we do for changing reality. In this work I will allude to the concept and recognition and also to that of invisibility as a non-participation in a social sense, aiming at problematizing what we have in hand, since I think that self-recognition happens according to recognition by others which we have internalized. I will refer to silence as invisibility at the time we present ourselves in diverse environments where our presence as information professionals might contribute and add value to the development of an idea or a project. I will present the notion of stereotype as regards library science by passing through milestones that have helped the discipline construction, trying to explain in what sense they contribute for consolidating ideas in the imaginary and to the persistence of silence.

Keywords: professional identity; bibliotecologists image; stereotypes; recognition.

El silencio en la disciplina ¿un rasgo identitario?

Cuando recibí la invitación para participar en el Simposio y vi los contenidos de los ejes me detuve en la propuesta vinculada a la formación identitaria del sujeto. Resultaba un desafío, dada la complejidad del ser humano y sus múltiples aristas, entonces me pregunté ¿qué camino podría tomar para abordarlo? Sobre todo pensé en mí como sujeto, en mis múltiples identidades. Pensé en mi identidad como alumna, actualmente estoy cursando una Maestría, pensé en mi identidad como docente, pues

me desempeño en ese rol desde hace 25 años, pensé en mi identidad como Licenciada en Bibliotecología, y dentro de esta pensé en la disciplina y en la ciencia de la información, ámbito en el que se despliega actualmente mi quehacer profesional.

Al hablar de identidad me refiero a un proceso a través del cual, en interacción con otros individuos, el hombre se va construyendo, va cambiando y va afianzando su personalidad como forma de crecimiento, y en diálogo social. Entiendo a la identidad estrechamente vinculada a lo social porque estamos inmersos en una sociedad y eso condiciona nuestro quehacer. Lo antedicho ofrece razones para entender porqué impactan en nosotros las opiniones que los demás tienen acerca de nuestras preferencias y actividades, por lo tanto hay una clara referencia a *los otros*, pues en mayor o menor medida al estar inmersos en un medio social tomamos en cuenta la forma de pensar de los demás respecto a lo que hacemos y así se va construyendo nuestra imagen. Según Larrain (2003, p.34) el medio social no sólo nos rodea, sino que también está dentro de nosotros. En este sentido se podría decir que las identidades vienen de afuera en la medida que son la manera como los otros nos reconocen, pero vienen de adentro en la medida que nuestro auto-reconocimiento se da en función del reconocimiento de los otros que hemos internalizado.

Muchas palabras fueron surgiendo a medida que recorría los espacios donde mis identidades se cruzan, se superponen y se retroalimentan. Pero lo cierto es que cuando pensé en mi identidad profesional en relación a la bibliotecología, las palabras me invadieron y se fueron conectando unas con otras, y allí, aunque resulte paradójico, de todas esas, la palabra que más resonó fue *silencio*.

Silencio visto no solo como *estar callado*, sino también como *callar*, en el sentido de no decir. Lo primero que uno imagina al entrar a una biblioteca es que debe tomar una postura de solemnidad y bajar el volumen de su voz para no interferir con la actividad de estudio, esa es la imagen que rápidamente viene a nuestra mente. Pero mi planteo en esta oportunidad va más allá de esa constatación y me referiré al silencio tomado como ausencia de voz en espacios donde podríamos tomar la

palabra para posicionarnos como profesionales capacitados para gestionar información. Me refiero al silencio como invisibilidad a la hora de darnos a conocer en diversos ámbitos en los cuales nuestra presencia podría aportar y agregar valor al desarrollo de una idea o de un proyecto.

En este recorrido intentaré explicar porqué considero que el silencio transversaliza las creencias sobre la disciplina bibliotecológica y ha permeado en su construcción identitaria respecto a cómo nos ven los otros, cómo nos vemos nosotros y a lo que hacemos para cambiar la realidad.

El estereotipo y su implicancia en la construcción identitaria de la disciplina

La identidad profesional se vincula al conjunto de atributos, creencias, valores, motivaciones y experiencias que contribuyen a que una comunidad defina sus roles profesionales (SCHEIN, 2001). Teniendo en cuenta el proceso de construcción de las identidades, en el caso de la del bibliotecólogo ha jugado muy fuertemente el mantenimiento de ciertos estereotipos que han persistido por generaciones y que, según mi punto de vista, han afectado a nuestro trabajo, a la carrera y al desarrollo de la profesión. Coincido con Larrain (2003) en que la identidad no es solamente una construcción pasiva modelada de acuerdo a las expectativas de los otros, sino que es un proceso de interacción y de respuesta al entorno, por medio del cual la identidad del sujeto es construida no sólo como una expresión del reconocimiento que los otros hacen acerca de él, sino también como resultado de la lucha que uno mismo entabla para ser reconocido por los otros. En este marco ocurre el silencio en que considero se encuentra en nuestro país (Uruguay) la profesión bibliotecológica, y de ahí la necesidad de revisar las razones que llevan a que esto ocurra.

El reconocimiento es entonces pieza clave en la construcción identitaria, pues incide en la autonomía de los sujetos a la hora de efectuar elecciones. Según Honneth (2006) vivimos hoy en una cultura afirmativa en la que el reconocimiento manifestado públicamente contribuye a crear una

imagen positiva de uno mismo, al punto que el hecho de ser oficialmente alabado respecto a determinadas cualidades o capacidades tiene la función de integrar individuos y grupos en el orden social dominante, generando actitudes conformes al sistema y socavando la autonomía de los miembros de la sociedad. El planteo de este autor nos hace pensar en la caída del prestigio que posee la bibliotecología como profesión y en el hecho de que tal vez la ausencia de reconocimiento sea un factor determinante en las preferencias acerca de qué carrera estudiar. Sobre esto volveremos al contextualizar la actividad del bibliotecario y también en el apartado titulado *La persistencia del silencio*, cuando demos cuenta de los estereotipos que se han sostenido a través del tiempo en relación a la profesión.

Los estereotipos son ideas preestablecidas o imágenes que se aplican de forma generalizada a un determinado grupo social, y que por lo general se consideran inmutables. El término, se compone de las raíces griegas στερεός (stereós), que significa ‘sólido’, y τύπος (týpos), que se traduce como ‘impresión’, ‘molde’ ‘carácter grabado’ (COROMINAS, 2009). Siguiendo su etimología ya se observa la rigidez en relación a los planteos que se desarrollan sobre los estereotipos como categorías para clasificar individuos, y también su dificultad para ser modificados, lo que habla de una concepción estática respecto a las características consideradas distintivas de los miembros de esa comunidad. Según Mora (2002) se trata de formas de conocimiento no científico y que cumplen una función como sistemas de referencia construidos a partir de experiencias y modelos transmitidos por la tradición o la comunicación social. Roggau (2006, p.15) sostiene que “el estereotipo se caracteriza por su capacidad de adaptación a los cambios, ya que es inevitable una confrontación del fenómeno con el entorno, la imagen se *disfraza* para acomodarse a la realidad circundante” (énfasis del autor).

Este proceso de simplificación y reduccionismo transforma en simple algo que es complejo, distorsiona la realidad pues destaca algunos atributos en detrimento de otros y es predominantemente evaluativo. A continuación aplicaremos la noción de estereotipo al caso de la disciplina

bibliotecológica y veremos cómo los estereotipos implican valoraciones, tanto negativas como positivas según el caso.

Contextualizando la actividad del bibliotecario

Con el objetivo de reunir elementos para comprender a qué nos referimos cuando hablamos del estereotipo del bibliotecario, es necesario ver cómo surge la profesión, de qué forma ese estereotipo se ha ido fijando, examinar sus constantes a través del tiempo y las modificaciones que ha sufrido a medida que las necesidades y los tiempos cambian.

La actividad nace como respuesta a una necesidad social de poner orden a toda la producción escrita: “El *hacer* tuvo prioridad por sobre el *pensar* y este origen situó a la actividad en un marco *no científico*” (Delgado LÓPEZ-CÓZAR, 2002, *apud* ROGGAU, 2006, énfasis del autor). La construcción conceptual de la disciplina pasó a un segundo plano, por lo tanto, sin un sustento teórico de base, la actividad manual e intelectual de ordenar los documentos, fue prioritaria. “Ese origen empírico y la continuidad sin bases teóricas explícitas, conformaron la base de una imagen sin prestigio académico, la de un aplicado repetidor de prácticas, es decir, una actividad rotulada como oficio, en el mejor de los casos” (ROGGAU, 2006, p.19).

En la antigüedad la actividad del bibliotecario era tomada como desempeño complementario a otra actividad: matemáticos, astrónomos, filósofos, escritores y filólogos eran además bibliotecarios, eso daba valor añadido a su profesión, a la vez que daba reconocimiento a quien la desarrollaba. Eratóstenes, Ptolomeo, Claudio, Calímaco son algunos de los nombres que en la antigüedad se desempeñaron en el rol de bibliotecarios, a los que se suman luego otras figuras como Pío XI, David Hume, Benjamín Franklin, Mao Tse Tung, Jorge Luis Borges, entre otros. Todos ellos fueron reconocidos por la labor en sus especialidades, de allí llega su prestigio, “por eso, cuando ese científico, ese literato, es decir, ese intelectual asume ese rol de bibliotecario, no lo hace desde el plano

educativo y social sino desde su posición de intelectual *en su campo*, que es el que le dio prestigio” (ROGGAU, 2006, p.20, énfasis del autor).

En los orígenes fue necesario preservar los manuscritos, en el Medioevo custodiar el legado de la iglesia guardado en los monasterios y más tarde, en el Renacimiento, con el advenimiento de la imprenta, primó administrar toda esa producción. Luego de la Revolución Industrial, debido al aumento en el nivel de producción, fue necesario el registro de los documentos y establecer mecanismos tendientes a facilitar el acceso a toda esa información. El desarrollo tecnológico posibilitó el incremento y la transmisión de la información a escalas no conocidas hasta el momento, lo que permitió posicionarla como un elemento clave que dio lugar a un nuevo sistema económico y social llamado Sociedad de la Información.

Varias son las facetas que considero que refuerzan el estereotipo del bibliotecario, a la del erudito planteada anteriormente se suma en la Edad Media la de custodio y guardián. Silencio, recogimiento, misterio, envolvían a los monjes que cumplieron una función clave en su época. El estereotipo se centró en la persona sin ver más allá, sin analizar el contexto. Según Roggau, luego del cambio de época y de la llegada al Renacimiento, causa y efecto se invirtieron, pues se interpretó que la causa de los cerrojos y las censuras era por acción de estos monjes, y no se lo vio como las consecuencias de las prescripciones eclesiásticas que hacían eco de las ideas establecidas por la Iglesia. Si bien hoy en día esta visión ya está perimida, no asombran estas interpretaciones disímiles y hasta en cierto modo, cíclicas.

Cabe precisar en algunas diferencias entre el monje medieval y el bibliotecólogo moderno: los monjes cumplían una función de custodia del saber, y al mismo tiempo ocupaban lugares de poder; cada orden monástica definía qué libros se compraban, cómo se custodiaban y cómo se los clasificaba. En muchos casos esta decisión dentro de la orden corría por cuenta del bibliotecario que (en los monasterios más grandes) podía llegar a ser un personaje muy poderoso. El bibliotecario moderno aparece inicialmente como un custodio, como un funcionario de custodia, era más bien un ejecutor de las políticas definidas por otros agentes que un

planificador de políticas de información, tarea que sí hacían los monjes medievales, salvando el anacronismo. Hoy en día este profesional se enfrenta a constantes desafíos, en un mundo que cada vez necesita más el uso de información que crece de forma exponencial. Su participación es clave en el desarrollo cultural y socioeconómico del país, como agente de cambio en la difusión de la información en diversos soportes y teniendo como canal las tecnologías de la información.

La persistencia del silencio

Si bien a lo largo del tiempo se han dado cambios en cuanto a cómo se concibe la imagen del bibliotecario, en cierto sentido aquel rol de custodio y organizador ha permanecido sin fisuras. Podemos decir que a nivel global (en la mayoría de los países) y en la actualidad, el estereotipo de base se ha mantenido, pero vestido con los colores que los nuevos tiempos imponen. Cabría preguntarse cuáles son esos “colores” que estos tiempos incorporaron a la paleta. En respuesta a ello podemos decir que facilitar el acceso a la información, hacer posible el encuentro del usuario con aquello que efectivamente necesita para satisfacer sus necesidades informacionales, adaptando la oferta bibliográfica al contexto de uso y a los requerimientos de ese usuario es clave y viene a marcar la tónica de lo que hoy se espera de la profesión. Las circunstancias y los cambios que ocurren como respuesta a la acción y a la evolución humana exigen respuestas, y como el avance de las tecnologías ocurrió a ritmo vertiginoso, el bibliotecario simplemente se fue adaptando a los cambios en los modos de interactuar con la información. No obstante ello el estereotipo se mantuvo y ese ser silencioso, tranquilo y tímido permaneció vinculado al rol, con las variantes propias de acomodación a cada época.

El espacio físico es lo primero que surge al pensar en el rol. Tal vez atribuido al nombre dado al profesional *bibliotecólogo*, el trabajo en la *biblioteca* y no el tratamiento de la información, independientemente del espacio físico, parecería ser lo que define a la actividad. El quiebre que hoy en día se da en relación a la concepción de la biblioteca como espacio físico, neurálgico en la concepción de biblioteca tradicional, requiere que

estos profesionales estén dispuestos a trabajar en redes de cooperación con sistemas digitales de información que les permitan ofrecer y desarrollar nuevos servicios y productos, trascendiendo barreras espaciales y dejando atrás la concepción tradicional de *la biblioteca* para referirnos ahora al concepto de *unidades de información*, donde coexisten los materiales en soporte papel y los electrónicos y donde además se han ampliado la gama de servicios a los que el usuario puede acceder, entre los que se destacan los servicios de referencia, la difusión selectiva de información y las alertas bibliográficas, entre otros.

Más allá de todo lo planteado, lo importante es que sin tomar en cuenta el soporte, independientemente del espacio, la información posee el don de ubicuidad que también deberían tener los bibliotecólogos a la hora de posicionarse y dar a conocer los alcances de su desempeño profesional, alzando la voz y silenciando de esa forma la valoración que comúnmente se tiene a través de la cual se une la actividad profesional al recinto de *la biblioteca*.

Cambiando el foco de nuestro planteo, pero sin desviarnos del tema, es necesario prestar atención a otro aspecto no menor a la hora de la construcción identitaria de la disciplina, me refiero a la incipiente feminización de la profesión. Esta constatación es hoy una realidad comprobable, alcanza con revisar la cantidad de mujeres que ocupan cargos en las unidades de información, las que duplican a la cantidad de hombres¹, así como también en cuanto a los inscriptos que año a año figuran en la Facultad de Información y Comunicación (Universidad de la República), único espacio académico que en Uruguay se encarga de impartir la carrera de Licenciado en Bibliotecología.

La división marcada por los modelos culturales muestra la inclinación de las mujeres por profesiones relacionadas con el servicio, lo humanístico, la salud, la educación y entre ellas se asocia a la

¹ Sobre el tema recomiendo el trabajo titulado “La formación de las bibliotecarias y las bibliotecas de mujeres en España” elaborado por Ana Muñoz-Muñoz y Montse Agente (Revista General de Información y Documentación, 25 (1), 2015, que responde a la línea de investigación “Mujeres y Bibliotecas” coordinada por las autoras en la Universidad de Granada, España.

bibliotecología, según Cortés y Dugato (2010). Conviene detenerse además en cómo los prejuicios también colaboran en la fijación del estereotipo, y en tal sentido expongo el planteo de Almandoz de Claus y Hirschberg de Cicliutti (1992, *apud* CORTES y DUGATO, 2010, p.23), quienes refiriéndose a la feminización de la bibliotecología afirman que: “de esta forma se cierra un círculo vicioso donde las mujeres ocupan trabajos de menor jerarquía y los oficios o profesiones pierden jerarquía cuando predominan en ellos las mujeres”.

En lo antedicho se muestra la importancia del reconocimiento y su incidencia en el comportamiento, ya que es notoria la constatación acerca de cómo el bajo perfil de los profesionales a la hora de darse a conocer y ocupar espacios de prestigio repercute en la elección de la carrera y en la construcción de la autoestima profesional.

Las actividades básicas asociadas a una biblioteca (atención de usuarios, ordenar los libros en los estantes, proceder al expurgo de materiales) se siguen percibiendo como tareas de “la bibliotecaria”. Sin embargo las tareas relacionadas con el tratamiento y gestión de la información, la construcción y administración de sitios Web y filtrado de información se atribuyen a los informáticos, cuando en los hechos son tareas que forman parte del perfil del Licenciado en Bibliotecología, el cual las realiza efectivamente en su desempeño profesional. La figura del bibliotecólogo digital es un aspecto clave en el desarrollo de la sociedad actual, razón por la cual el paradigma tecnológico se impone, y los conceptos de biblioteca virtual y biblioteca híbrida² dominan la literatura actual en relación a la disciplina, sin embargo esto no ocurre a la hora de visualizar al profesional como capaz de desarrollar su profesión estos espacios.

Hasta aquí hemos mencionado aspectos vinculados a prácticas y procesos sociales en relación a la profesión, conviene ahora atender a

² El término biblioteca híbrida se usa para referirse a aquellas unidades de información que cubren servicios y funciones propias de la biblioteca tradicional, a los que se les suman servicios de la biblioteca digital o virtual. A las funciones históricas de una biblioteca se suma la labor de los buscadores de información que proporcionan recursos de información electrónica a usuarios situados remotamente.

cómo se la representa socialmente y en tal sentido otro aspecto interesante, y que se relaciona con lo antes mencionado, es que aún en muchos espacios persiste la invisibilización de los bibliotecólogos como profesionales universitarios. Muchos investigadores han tomado el tema y lo han analizado (PEÑA ASTORGA, 2000; ROCA, 2005; ROGGAU, 2006; ITURBE y RAMÍREZ, 2014). Algunos de ellos coinciden en señalar que la biblioteca y el bibliotecario no son noticia, “la acumulación de conocimiento registrado sugiere reposo, aunque su contenido es extraordinariamente dinámico al ponerse en contacto con la gente” (ROGGAU, 2006, p.22). La bibliotecología no es una carrera publicitada y como ya vimos al mencionar algunos de los nombres de bibliotecarios célebres (aunque no todos formados), el rol se desarrolló a la sombra del desarrollo académico obtenido en la especialidad con que se vinculaba a esa persona, aunque muchas veces ese prestigio se había sostenido gracias a las posibilidades de investigación que brindaba la oportunidad de ejercer la actividad de bibliotecario. Este planteo nos lleva nuevamente al valor del reconocimiento, aspecto al que ya nos referimos en otros segmentos de este trabajo. La necesidad de volverse visible, de darse a conocer, es inherente al ser humano inmerso en un ámbito social y los grados en que se articula esa impronta de visibilidad dependen de varios factores, algunos de los cuales en el caso de la profesión del bibliotecólogo ya han sido planteados en este recorrido.

Según Honneth (2006), a diferencia del conocimiento, que es un acto no público, más vinculado con lo cognitivo, el reconocimiento depende de medios en los que se expresa y se explicita. Esto resulta de capital importancia cuando atendemos al valor que reviste la palabra, el *decir acerca de*, pues poner en el discurso la importancia de la actividad que realiza el otro dimensiona ese quehacer. Así se manifiesta y se difunde la actividad frente a los otros. El reconocimiento no debe ser entendido meramente como conocimiento, es más que identificación del otro, el reconocimiento es una “atribución de valor”, según Honneth (2006).

Otro elemento que subyace al planteo de este autor se vincula a la consideración del espacio público y el espacio privado, es en el primero

donde se hace visible el reconocimiento. El espacio público es visto como escenario donde el espacio y el tiempo se van tejiendo y donde se suceden narrativas de naturaleza muy variada. Ese espacio público no es común a todos los hombres, el grado de reconocimiento dependerá del lugar que cada uno ocupe y desde donde cada uno se posicione y de sus estrategias de visibilidad para marcar presencia. Emparentado con el tema del reconocimiento en tanto percepción del otro, encontramos a la invisibilidad, tomada en sentido metafórico, no como no estar físicamente sino como no participación en un sentido social. Con esto no pretendo plantear que la bibliotecología como profesión sea invisible, sino que lo que busco sostener es que ese silencio que transversaliza a la disciplina no le permite ser socialmente visible o al menos no con la nitidez que presentan otras profesiones en el escenario social.

Para ilustrar el punto antes expuesto me referiré a qué es lo que ocurre respecto a la ocupación por parte de los bibliotecólogos de algunos espacios de poder donde la profesión debería tener un sitio preponderante. Muchas veces ocurre que la dirección de una biblioteca se otorga para prestigiar a la biblioteca, pero no por el dominio técnico y los conocimientos en la disciplina bibliotecológica que pudiere tener quien ostenta ese cargo. Impera la autoridad que el postulante tiene en el campo disciplinar en el que se desempeña, no su posible capacitación y su experiencia en relación a la ciencia de la información. Un caso típico lo encontramos en Uruguay, ya que desde la creación de la Biblioteca Nacional, en 1816, dirigida en aquella época por el presbítero Dámaso Antonio Larrañaga, han ocupado el cargo de director renombradas figuras del quehacer nacional, en su mayoría escritores e historiadores de la talla de Alberto Zum Felde, Arturo Sergio Visca, Tomás de Mattos y Carlos Liscano. Es recién después de casi 200 años que la Biblioteca Nacional de Uruguay cuenta por primera vez con una directora graduada en Bibliotecología, la Lic. Esther Pailos, quien asumió su cargo en el año 2015.

¿Cómo es la visión acerca de la profesión?

La aparición de los medios de comunicación produjo la repetición y fijación de los estereotipos, un repertorio reiterado de términos, imágenes y situaciones parece surgir casi de inmediato cuando la biblioteca es el ámbito o un bibliotecario aparece en escena, por ello me pregunto: **¿cómo nos ven** en el cine o en la literatura? Considero importante atender someramente este punto pues estas formas de expresión funcionan como signos de identificación y reconocimiento y permiten conocer aquellos aspectos que están arraigados en el imaginario social, relativos a apariencia física, formas de interacción y función social, las que construyen representaciones sociales. Las representaciones son, según Jodelet (1984) una forma de conocimiento que permite interpretar nuestra vida cotidiana. En tal sentido, atender a los mensajes que llegan desde el cine o la literatura puede arrojar luz para comprender qué imagen compone el imaginario respecto a la profesión.

La mayor parte de los filmes relevados agudizan el estereotipo que hace de las bibliotecas lugares aburridos y a sus empleados personajes secundarios. Generalmente se trata de mujeres de avanzada edad, nada atractivas, peinadas con moño y que usan lentes y zapatos cómodos. No obstante ello, los hombres también han encarnado el papel, como en *El nombre de la rosa* (personaje: Jorge de Burgos, año del film: 1986), en *El bibliotecario: en busca de la lanza perdida* (personaje: Flynn Carsen, año del film: 2004) o en *The black gold* (personaje: Auda, año del film: 2011).

Dentro de la galería de personajes los hay expertos catalogadores, preocupados excesivamente por el procesamiento técnico de la información, otros con una memoria prodigiosa y algunos que no paran de leer gruesos volúmenes de libros. Cabe señalar que los relatos que tienen lugar en las bibliotecas han experimentado una cierta evolución: en muchos de ellos las bibliotecas dejan de ser lugares oscuros y cerrados, destinados únicamente a la meditación, y se convierten en lugares propicios a la aventura y la intriga, como ocurre en “El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas” (2011) y “La biblioteca secreta” (2014), ambos de Haruki Murakami, y también en “El nombre de la rosa” de

Umberto Eco (1980). Este fenómeno es explicado por Innearity (2015) quien opina que transformarlas en lugares emocionantes “no hace otra cosa que subrayar su carácter habitualmente aburrido, como espacio donde no se crea sino que se recoge la creación de otros, donde no pasa nada ni se decide nada importante”. Opino que la ficción generalmente se vale de recursos tendientes a sacudir lo que en la realidad es previsible y en tal sentido es más atractivo romper con la norma y mostrar este espacio de forma diferente a como es concebido por el imaginario.

La autopercepción como parte del proceso de construcción de la identidad

De acuerdo a las investigaciones efectuadas en relación a la forma en cómo nos vemos (CORTÉS y DUGATO, 2010; ALLENDEZ y PUENTE, 2010), diremos que los bibliotecarios tienen una buena imagen de lo que son ellos mismos, pero sostienen que esa imagen negativa perpetuada en el estereotipo ha afectado su estatus profesional.

En el entorno nacional, y de acuerdo a algunas entrevistas que he efectuado en relación al tema, se la visualiza en reiteradas ocasiones como una profesión contradictoria, o que posee “un equilibrio inestable” como una vez planteó un estudiante: “conseguir que los libros lleguen a todos y a su vez protegerlos de los lectores para garantizar accesos futuros es verdaderamente difícil”. A esto agrego que el bibliotecólogo es mediador, nexos, pone límites al acotar la recuperación de la información mediante estrategias de búsqueda, y de esa forma hace posible que el usuario acceda a la mayor cantidad de información, pero ajustada a sus necesidades: “Cuando un bibliotecario o una bibliotecaria alejan o esconden ciertos libros para que otros nos resulten más accesibles, cuando seleccionan, destacan o recomiendan, formalmente están haciendo algo muy parecido a lo que pretendieron los enemigos de los libros, pero así consiguen lo contrario que aquellos fanáticos: protegen el libro de los saqueadores y nos protegen a nosotros de su excesiva cantidad” (INNENARITY, 2015).

La virtualización de la información ha propiciado un cambio paradigmático: de la información localizada en un determinado espacio físico, al acceso a información alojada en la web. La información se independiza del soporte físico y debe ser gestionada como un objeto en sí mismo. Esto ha traído aparejado el aumento incesante de grandes cantidades de información que se multiplica en diferentes entornos, lo cual se conoce como *infoxicación*. Como plantea Mena (2014), la infoxicación, la sobresaturación de información, el ruido-interferencia, puede llegar a generar angustia en el usuario por no sentirse en condiciones de encontrar la información buscada, y este fenómeno que alude a la multiplicación de la cantidad de información que existe en el mundo y que muchos llaman ‘explosión de la información’, más bien debería llamarse “explosión de la desinformación, indigerible y confundidora”, como plantea Cobo (2007, p.74). El profesional de la información está preparado para gestionarla, hacerla accesible, depurar el exceso mediante estrategias de búsqueda y permitir que el usuario obtenga aquello que se ajusta a sus necesidades y capacidad cognitiva. Se encuentra preparado para alfabetizar informacionalmente a los usuarios haciendo que éstos realicen un uso responsable de la información, ampliando así su participación en la sociedad. Hoy su trabajo es dinámico e interactivo, como las fuentes de información que emplea, y trasciende el espacio de la biblioteca propiamente dicha. Gloria Ponjuan (1998) describe al trabajador de esta nueva era como inquisitivo e inteligente y las herramientas que emplea, según la autora son el diálogo, el análisis de escenarios y la reingeniería de proyectos.

Entonces cabría preguntarse ¿por qué seguimos en silencio? ¿Por qué estos alcances del quehacer profesional no adquieren voz?

A modo de síntesis

Como cierre de este trabajo propongo responder las preguntas que me he ido haciendo, aunque en verdad no serán respuestas las que daré, sino una aproximación a esas interrogantes, revisando el recorrido hecho a través de esta contribución.

En el inicio de este trabajo planteo mi intención de explicar porqué considero que el silencio transversaliza las creencias sobre la disciplina bibliotecológica y ha permeado en su construcción identitaria. Me propuse detenerme en el silencio que va más allá de un simple *estar callado*, ya que esta puede ser una postura *ad hoc*, necesaria ante una determinada situación. Por eso sostengo que la actitud de *callar* es la que interesa en este caso, porque habla de una imposibilidad de tener voz, sostenida a lo largo del tiempo, lo cual oficia como limitante a la hora de ocupar un lugar en espacios donde es clave que existan bibliotecólogos, dado el caudal de información que es necesario gestionar. El bajo perfil que caracteriza a los profesionales del área ha perpetuado esta actitud de silencio, lo cual impide que se den a conocer muchas de las actividades que se encuentran dentro del rol. A eso se suman los estereotipos que hemos planteado a lo largo de esta presentación, los cuales han acompañado el devenir de la carrera desde la antigüedad y que no han podido ser removidos a pesar de que el desarrollo de la disciplina en la actual sociedad de la información es indiscutible.

La feminización de la bibliotecología, la invisibilización de los bibliotecólogos como profesionales universitarios, el considerarse un complemento a otra actividad, por lo que quien la desempeñaba lo hacía en posición de erudito en su campo disciplinar y no desde las bases teóricas de la ciencia de la información, son algunos de los elementos que alimentan los estereotipos en relación a la bibliotecología y que pueden tener efectos adversos cuando se pretende despertar vocaciones o pensar en estudiar la carrera. No obstante ello hay que destacar también que las virtudes que se evidencian en los estereotipos dan cuenta de la responsabilidad social de los bibliotecólogos, de su compromiso y de los alcances de su trabajo en aras de asegurar el acceso y uso de la información, adaptada a los requerimientos de los usuarios. Considero que el trabajo con la información que realiza el bibliotecólogo tiene una trascendencia social relevante, de manera que no se lo puede visualizar tan solo como un individuo que media entre el conocimiento y el hombre, sino que el valor de su trabajo radica en ser mediador entre el conocimiento, el hombre y la realidad social que lo circunda.

Tal vez con una mayor participación en ámbitos donde es clave su presencia, y sorteando las dificultades de este shhhhtereotipo, el bibliotecólogo logre marcar presencia en equipos multidisciplinares, y posicionarse en espacios donde se toman decisiones en relación a la más compleja de las políticas públicas: las políticas de información que se desarrollan a nivel nacional.

Referencias

- ALLENDEZ, P.; PUENTE, M. *¿Cómo nos ven y como nos vemos en el mundo de la información? Del bibliotecario burocrático al profesional web 2.0*. Buenos Aires: Consultora de Ciencias de la Información, 2010. Disponible en: <http://es.slideshare.net/pattsul/cmo-nos-ven-y-cmo-nos-vemos-en-el-mundo-de-la-informacin-del-bibliotecario-burocrtico-al-profesional-web-20>
- COBO ROMANÍ, C; PARDO KUKLINSKI, H. *Planeta Web 2.0. Inteligencia colectiva o medios fast food*. Barcelona: Universitat de Vic, 2007.
- COROMINAS J. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 2009.
- CORTÉS, M.; DUGATO, V. *Estereotipos del profesional bibliotecólogo/a en la Universidad Nacional de Córdoba, 2009*. Trabajo final para obtener el título de Licenciado en Bibliotecología- Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 2010.
- HONNETH, A. El reconocimiento como ideología. *Isegoría*, n. 35, p.129-150, 2006.
- INNENARITY, D. El oficio bibliotecario. *El País*, Madrid. Publicado el 24 de octubre de 2015.
- ITURBE, L.; RAMIEZ LEIVA, E. Estereotipos y roles sociales de los bibliotecarios en el discurso cinematográfico. *Revista General de Información y Documentación*, v. 24, n.1, p.25-40, 2014. Disponible en: http://dx.doi.org/10.5209/rev_RGID.2014.v24.n1.45388
- JODELET, D. Representación social: fenómenos, concepto y teoría. En: JODELET, D. (Org.) *Psicología social y problemas sociales*. Buenos Aires: Paidós, 1984.
- LARRAIN, J. El concepto de identidad. *FAMECOS*, v. 10, n. 21, p. 30-42, 2003.
- MENA M. Herramientas contra la infoxicación en los Social Media: los Content Curators. *Ámbitos. Revista Internacional de Comunicación*, vol. 24, 2014. Disponible en: <http://ambitoscomunicacion.com/2014/herramientas-contra-la-infoxicacion-en-los-social-media-los-content-curators/>
- MORA, M. La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici. *Athenea Digital*, vol.2, p.25-32, 2002.

PEÑA ASTORGA, G. La visión del "otro": una propuesta del concepto de imaginario internacional en la investigación de la comunicación. *Revista Hipertextos*, v 1, julio-diciembre, 2000. Disponible en: <<http://hiper-textos.mty.itesm.mx/index.html>>

PONJUAN, G. Ser o parecer: reflexiones en torno a la imagen del profesional de la información. *Revista Ciencias de la Información*. v.29, n.1, p.15-22, 1998.

ROCA, M. Uso y abuso de la estereotipia en los medios de comunicación. Propuestas para un consumo sostenible desde la perspectiva de género. *Área abierta*, vol. 12, 2005. Disponible en: <<http://www.ucm.es/BUCM/revistas/inf/48912482/articulos/ARAB0505330005A.PDF>>

ROGGAU, Z. Los bibliotecarios, el estereotipo y la comunidad. *Información, cultura y sociedad*, v.15, p.5-12, 2006.

SCHEIN, V. E. A global look at psychological barriers to women's progress in management. *Journal of Social Issues*, vol.57, p.675-688, 2001. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_nlinks&ref=5041318&pid=S0718-2228200900020000400040&lng=es